

Un Punto de Vista © 1996.
Mirar no es lo mismo que encontrar.
Por Paul V. Montesino, PhD, MBA.

Siempre me ha gustado la música campestre. En Cuba era el "punto Guajiro", donde los cantantes se formaban en equipos e improvisaban sus versos ingeniosamente. Cantan una melodía invariable, con intervalos entre estrofas para dar tiempo a los cantantes para preparar el siguiente versículo. Es muy creativo y competitivo. A veces las letras evolucionan hacia peleas.

En los Estados Unidos el término música campestre, "country music" se utiliza hoy para describir muchos estilos y subgéneros. "los orígenes de esa música son la música folclórica de los trabajadores de la clase obrera, que mezclaban canciones populares, melodías irlandesas y celtas, canciones de baladas inglesas tradicionales, vaqueros y varias tradiciones musicales de inmigrantes europeos" (Wikipedia). Encuentro muchas similitudes entre música campestre y "puntos guajiros", pero ese soy yo. Tanto la versión cubana como el estilo americano dan un sentido de la tierra, nuestra tierra.

There was a popular country music score many years ago that was entitled "*Looking for Love in all the Wrong Places*". That title, for some unknown reasons, came to mind recently when I read the Pennsylvania grand jury report about the Catholic Church multi-year conspiracy to keep the abuse of thousands of children by hundreds of priests under wrap. The authorities had found many of those abuses in the wrong places, churches and chancelleries.

Había una partitura popular de música campestre hace muchos años que se titulaba "Buscando el Amor en Todos los Lugares Equivocados". Ese título, por algunas razones desconocidas, vino a mi mente recientemente cuando leí el informe del gran jurado de Pennsylvania sobre la conspiración de varios años de la iglesia católica para mantener el abuso de miles de niños por cientos de sacerdotes en secreto. Las autoridades habían encontrado muchos de esos abusos en lugares equivocados, iglesias y cancillerías.

No estoy tratando de hacer un comentario ligero irresponsable sobre esa tragedia con el título de una canción. Mi uso no se trata de la práctica enfermiza de hombres religiosos que intentaron violar la santidad de la vida de tantos niños y niñas para saciar sus apetitos asquerosos. Lo utilizo porque nos describe cuando tratamos de encontrar el amor piadoso entre lo que es obviamente una debilidad humana, no la naturaleza divina.

El fracaso institucional de la iglesia en Pennsylvania, como se ha documentado en otros lugares, no fue un fracaso sorprendente de la divinidad, sino que fue la muestra usual de debilidad en la humanidad que alimentan los titulares de los periódicos y las noticias televisivas. Tenemos un sentido de la magnitud de estos abusos porque alguien los trajo primero a nuestra atención hace dieciséis años en Boston. Mis artículos de punto de vista de los años 2002 y 2003 son testigos de las mismas prácticas que causaron la renuncia de un cardenal de Boston.

Oculto de nuestra conciencia pública ha sido tal vez la magnitud de abusos similares durante los últimos veinte siglos. Simplemente no lo sabemos. Las autoridades católicas en Pennsylvania han anunciado la retirada de los nombres de los obispos de algunos de sus edificios. ¿es posible que también se eliminen algunos nombres del calendario general de santos romano? Presumir que los descubrimientos de las últimas dos décadas impulsados por los periódicos y la tecnología de la información es excluyente de una historia que ha utilizado un alto grado de poder y silencio de muchos años antes es limitar no sólo el daño que se hizo, sino los remedios que no hemos tomado, pero debimos.

Pero no nos engañemos; Este no es un problema institucional limitado a la iglesia católica. Esto es solamente parte de un problema mayor. Debemos enfrentar nuestra práctica tonta de construir héroes humanos que no conocemos y, sobre todo, no merecemos, porque ignoramos su intimidad. Ya sean los políticos, los artistas que nos entretienen o, sí, los hombres de vestimenta religiosa, es hora de entrar en el santuario de nuestras adoraciones y hacer lo mismo que hizo Jesús cuando limpió el templo: expulsar las alimañas. También depende de nosotros, los adultos, dejar claro a nuestros hijos que no aprobamos adular a los demás por el hecho de adular. Los niños tienen que protegerse no sólo de los depredadores anónimos, sino también de los falsos dioses que creamos de manera continua porque hemos perdido la confianza y la fe en nosotros mismos.

Y ese es mi punto de vista hoy.